

obras de fortificación de Kars y las de Ismail y Reni antes de restituir estas ciudades á los turcos. Esto excitó la indignación de Inglaterra, que fué todavía mayor cuando los rusos al fijar los límites de la parte de Besarabia insistieron en que habia de entrar en sus dominios la población de Nueva Bolgrad, situada en la orilla oriental del lago Yalpuck. Por este lago la Rusia habria quedado en comunicacion navegable con el Danubio, cuando el congreso se habia referido á otro lugar llamado tambien Bolgrad, pero situado á alguna distancia al Norte del citado lago. Tambien creyó Palmerston injusta la pretension rusa de incluir en el territorio ruso la isla de las Serpientes con su faro, situada en la embocadura del Danubio. La Inglaterra se opuso por tanto á ambas exigencias en los términos mas decisivos y hasta hizo entrar otra vez una escuadra en el mar Negro. Hubo sobre estos puntos interminables discusiones y mediaciones, en las cuales Napoleon, apoyado por la Rusia y el Piamonte, reconoció por una parte la exactitud del punto de vista de Inglaterra, y por otra el fundamento de las pretensiones de Rusia; y finalmente se convino en reunir otra vez al congreso para que aprobara un arreglo, segun el cual la Rusia renunció á ambas poblaciones (llamadas Bolgrad) y á la isla de las Serpientes, recibiendo en cambio la ciudad de Komrat con siete leguas cuadradas de territorio en la orilla derecha del rio Yalpuck (noviembre de 1856) (1).

Mucho mas complicados é importantes fueron los debates respecto de la constitucion de los Principados danubianos. El congreso, no habiendo podido ponerse de acuerdo sobre esta cuestion, encomendó su resolucian á una conferencia de embajadores en Constantinopla, con encargo de tener en consideracion los deseos del país. Para conocer estos deseos se convino en reunir en cada uno de los Principados á los notables del territorio. La Turquía tardó en publicar el decreto de convocacion hasta el 7 de enero de 1857, habiendo nombrado en lugar de los hospodares, á la conclusion de los siete años de su gobierno, lugartenientes (caimacanes) con orden de trabajar contra la union de los dos principados, union apoyada por Rusia y Francia. Cumplió el encargo del gobierno turco el caimacan Vogosides en la Moldavia; pero el caimacan de Valaquia, el príncipe Ghica, favoreció el movimiento unionista, y para dejarle tiempo de terminar su obra la Rusia y la Francia, apoyadas por la Prusia y la Cerdeña, quisieron retardar la eleccion de la asamblea de notables; pero el gobierno turco no consintió en este retraso, y le apoyaron la Inglaterra y el Austria, á consecuencia de lo cual el embajador francés en Constantinopla, Thouvenel, retiró la bandera francesa, y los embajadores de Rusia, Prusia y Cerdeña le imitaron. Esta situacion tirante cesó cuando se estableció la inteligencia entre Inglaterra y Francia, que consiguió Napoleon durante su estancia en Osborne. Segun este arreglo el gobierno turco anularia las elecciones que entretanto se habian verificado y convocaria á los electores de nuevo, mientras la Francia renunciaria á la union política de los dos principados bajo un príncipe europeo, contentándose con una union meramente administrativa. No se hizo un convenio formal en este sentido, si bien el gobierno inglés lo deseaba. Las nuevas elecciones dieron por resultado en ambos principados casi unanimidad completa á favor de la union, expresando además el pueblo el deseo de ser gobernado por un príncipe europeo; y aunque Napoleon fué de igual opinion y predijo con mucho acierto que una Rumanía unida seria un baluarte contra la Rusia, tuvo que imponerse reserva por lo pronto despues de la entrevista de Osborne. Entonces usó de un recurso que en adelante em-

(1) Gefiken, págs. 294 á 306.

pleó con frecuencia en situaciones análogas, es decir, que se valió de la prensa, haciendo publicar un folleto con el título: «Napoleon III y la cuestion rumana,» en el cual al salir á la defensa del pueblo rumano se desplegó abiertamente la bandera del principio de las nacionalidades. El efecto inmediato fué que el disgusto del Austria y del gobierno turco se aumentó y que la conferencia de Paris, reunida para solventar esta cuestion desde mayo hasta julio de 1858, no atendió como hubiera sido de desear á los deseos de la poblacion, y resolvió que cada uno de los principados eligiese su respectivo hospodar y su representacion nacional particular, teniendo solo en comun un tribunal supremo en Fockchani y un consejo de Estado compuesto de diez y seis miembros. Sin embargo, los jefes del movimiento nacional, apoyándose en la simpatía de Francia y Rusia y aprovechando la inminencia de la guerra de Italia, que paralizaba la libertad del comercio austriaco, dieron una especie de golpe de Estado proclamando por hospodar el mismo individuo en ambos principados, el coronel Alejandro Cusa, en la Moldavia el 29 de enero de 1859 y en la Valaquia quince dias despues; por manera que efectuaron la union personal de hecho, á la cual tuvo que asentir el gobierno turco, si bien despues de resistirse mucho tiempo.

Tambien en otras cuestiones resultantes de la inseguridad relativa de la situacion de Oriente, se encontraron en este año por lo regular unidas la Francia y la Rusia, aun sin haber peligro inminente de conflicto entre las potencias europeas. Así en la Servia las potencias apoyaban al partido hostil al príncipe reinante, Alejandro Kara Georgewitz, amigo del Austria, partido que deseaba restaurar en el trono á la familia Obrenowitz. En los dias en que el partido nacional de los Principados danubianos logró la eleccion de Cusa en ambos principados, la skupchina ó asamblea nacional servia exigió la abdicacion de su príncipe Alejandro y proclamó en su lugar á Milosch Obrenowitz, que vivia desde 1839 refugiado en el extranjero. Alejandro tuvo que convencerse de que ningun apoyo eficaz podia esperar del Austria, mientras Francia y Rusia consiguieron que el gobierno turco reconociera al anciano príncipe Milosch, que en efecto, confirmado por el sultan, hizo en 6 de febrero de 1859 su solemne entrada en Belgrado.

De la misma manera apoyó Napoleon la política rusa en Montenegro, cuyo soberano, el príncipe Danilo Petrowitz, fué recibido con mucho agasajo en las Tullerías, cuando en 1857 visitó aquella corte; el gobierno francés, para dar una prueba de las simpatías de la Francia á los montenegrinos, enemigos antiguos de Turquía, envió algunos buques de guerra á la costa de Dalmacia. Mas ni la Rusia, que queria acumular nuevas fuerzas, ni Napoleon, que seguia reprobando los planes de Rusia contra la Turquía, querian dar lugar á complicaciones serias por estas cuestiones secundarias.

Por otra parte bastó la aproximacion meramente exterior de la Francia á la Rusia para que aquella se enajenara la simpatía de Inglaterra, lo cual no dejó de disgustar á Napoleon, que tuvo siempre por norte de su política huir de todo conflicto con la Gran Bretaña, y aprovechó con esta intencion todas las ocasiones de proceder de acuerdo con su antigua aliada de Crimea, como en el degüello de Dyedda y en las campañas chinas, de cuyos sucesos tendremos ocasion de hablar mas adelante.

Los bonapartistas fanáticos no se supieron explicar los esfuerzos del emperador por conservar la amistad del reino vecino, pues odiaban á la Inglaterra principalmente porque servia de asilo seguro á los refugiados franceses, los cuales desde allí podian preparar sus ataques contra el imperio y la persona del emperador, cuya vida se consideraba constante-

mente amenazada, á pesar de la extrema vigilancia de la policía. No faltaban dentro de Francia sociedades secretas enemigas; pero era evidente que en Inglaterra, donde los conspiradores franceses é italianos tenian su refugio, era donde estaba el mayor peligro. Segun parece, dentro de la misma Francia fueron disminuyendo cada año los atentados; y cuando se preparaban, ó cuando la policía conseguia descubrir sociedades secretas, los jurisconsultos de la oposicion, como el legitimista Berryer y el republicano Julio Favre, aprovechaban la ocasion como defensores de los acusados para atacar al nuevo régimen impunemente, proporcionándose al mismo tiempo triunfos oratorios. El gobierno procuró no dar á estos abogados ocasion de lucir sus opiniones y su saber, y muchas veces ocultó las conspiraciones descubiertas. Ya en julio de 1852 habia echado de ver los funestos efectos de la elocuencia mordaz y punzante de Julio Favre cuando pronunció su brillante discurso en defensa de Félix Pyat, de Caussidiere y de otros fugitivos políticos acusados. En este discurso ensalzó el defensor á los hombres cuyo pecado consistia en no tener dos conciencias, mientras otros habian jurado primero fidelidad á la república y despues al imperio. Además negó que sus clientes pudieran considerarse ni siquiera condenados, porque las comisiones mixtas que los habian sentenciado no habian tenido para ello ninguna autoridad legal, y donde no habia jueces no podia haber condena. Por último, ensalzó á los acusados, que habian sido puestos fuera de ley porque habian hecho lo que él mismo se glorificaba de haber ejecutado, á saber: defender la ley contra la fuerza bruta. Por supuesto que con estas defensas no consiguió Julio Favre la absolucion de los acusados, y su condenacion fué tambien por extraordinario justa; pero era muy pequeña la satisfaccion que podia dar al gobierno el castigo mas riguroso de sus contrarios, comparada con la alegría maligna que inspiraron estos procesos á todos los adversarios del gobierno. No era tampoco posible eludir del todo esas causas, y por otra parte los ministros cometieron la falta de formar algunas que hubieran podido evitar sin perjuicio de la dignidad del soberano. En este caso se hallaba en marzo de 1854 la formada al conde de Montalembert, cuando la atencion general se fijaba ya en la guerra que se preparaba. Entonces el ministerio solicitó autorizacion de la cámara legislativa para perseguir á uno de sus miembros, el conde de Montalembert, de quien la *Independencia Belta* habia publicado una carta confidencial, tratando en términos muy fuertes á personas é instituciones del imperio, bien que esta carta habia sido publicada sin autorizacion de su autor.

La comision de la cámara encargada de dar dictámen sobre este caso, propuso con buen acierto no dar curso á la solicitud del ministerio; pero éste insistió en su empeño y consiguió la autorizacion, despues de dos dias de arduos debates, por 235 votos contra 51. Este no dejó de ser un descalabro para el gobierno, descalabro que se transformó en derrota completa cuando la cámara, en vista de la informacion previa, declaró á Montalembert por lo pronto inune.

No fué tan feliz el célebre orador ultramontano cuando cuatro años despues fué sentenciado á seis meses de cárcel por un artículo de periódico. El emperador se apresuró á indultarle pero Montalembert, rechazando altanero esta gracia como prematura, apeló contra la sentencia, y siendo tambien condenado, si bien esta vez solo á tres meses de cárcel, tuvo que aceptar el indulto. En este asunto quedó muy bien el emperador, y debe suponerse que su intencion habia sido tambien conceder indulto en el caso de 1854.

Algunas causas que llamaron mucho la atencion fueron motivadas por proyectos de atentados preparados por algu-

nas sociedades secretas de Paris. Segun una de ellas, se quiso asesinar al emperador al efectuar la apertura de una exposicion de jardinería en el Hipódromo el 7 de junio de 1853. El segundo atentado debia ser ejecutado delante de la Opera Cómica; pero en ambos casos pudo la policía evitar la ejecucion. Los conjurados en su mayor parte eran obreros, artesanos y estudiantes, de los cuales solo uno llamado Ranc llegó á hacer despues papel en la política. Los esfuerzos del fiscal para complicar á personas de nota, como los ministros republicanos Bastide y Goudchaux, fracasaron por completo. El último fué preso un año despues, en octubre de 1854; pero



El conde de Chambord (segun fotografia)

pronto fué puesto otra vez en libertad, y el presidente del tribunal tuvo que reconocer expresamente su inocencia.

Resultó enteramente vana, como se habia previsto, la tentativa de desviar á los conspiradores de atentados contra la vida del emperador dando mayor severidad á la ley. En julio de 1853 se restableció la aplicacion de la pena del parricidio para los atentados contra la vida del emperador, y se condenó á la deportacion á los autores de toda conspiracion contra la constitucion ó para modificar la sucesion al trono. Pero á pesar de este rigor, en setiembre del mismo año se descubrió una conspiracion que se proponia volar entre Calais y Tournay un tren de ferro-carril en el cual debia ir el emperador (1). Con este motivo se pronunciaron cuatro sentencias de muerte que recayeron en refugiados en Inglaterra. El primer asesino que pagó su atentado con la vida fué el garibaldino Pianori, que en 28 de abril de 1855 disparó un tiro á Napoleon en los Campos Elíseos, cerca del Chateau-des-Fleurs, y que fué preso por un agente de policía secreta, el corso Alexandre. Fué ejecutado algunas semanas despues sin haber denunciado cómplices. Su hermano, que llegó poco despues á Paris para vengar su muerte, fué preso á tiempo por la policía á consecuencia de avisos del cardenal Antonelli, y fué enviado á Cayena. Otro conspirador, el zapatero Be-

(1) Cassagnac: *Souvenirs*, tomo III, pág. 110.

llemare, que disparó contra el emperador una pistola en la calle de Marsollier por aquel mismo tiempo, fué encerrado en Bicetre como loco, y la causa á que dió lugar este suceso condujo á la deportacion de Ranc y de otros á Lambessa. Finalmente, la policia en junio de 1857 consiguió prender á los tres italianos Tibaldi, Bartolotti y Galli, en cuyos domicilios se encontraron pistolas, puñales, municiones é indicios de una correspondencia con Mazzini, siendo acusado como cómplice y condenado en rebeldía Ledru-Rollin, que entonces vivía en Londres, á consecuencia de las declaraciones de Bartolotti, que confesó su intencion de asesinato. Tibaldi, que nada reveló, fué enviado á Cayena y los otros dos cómplices fueron sentenciados á quince años de presidio (1).

De cuando en cuando se manifestaba tambien en las calles de la capital el descontento de los antiguos partidos, aprovechando preferentemente los entierros de personas importantes y con preferencia de aquellas que habian sido contrarias al imperio, como Lamennais, que murió en 1854, el escultor David, que murió á principios de 1856, y Cavaignac, que falleció el 28 de agosto de 1857. En estas ocasiones se manifestaba con gran evidencia el espíritu de oposicion de la juventud escolar. En la entrada solemne de la guardia imperial á su regreso de Crimea, el sentimiento patriótico debería haber triunfado de los odios de partido; mas á pesar de esto, la oposicion creyó poder aprovechar como síntoma político importante la frialdad con que los alumnos de la Escuela Politécnica saludaron al emperador (2). Catedráticos y literatos favorables á la causa imperial como Nisard, Sainte-Beuve y otros, fueron objeto de manifestaciones desagradables de parte de sus oyentes. Es verdad que semejantes excesos no contribuyeron en nada al aumento moral de la oposicion, aunque mantenian el odio al régimen imperial y servían de satisfaccion á algunos individuos; pero en general eran tan mezquinas estas demostraciones que solo descubrian la debilidad de los partidos extremos.

Tampoco tuvo importancia la oposicion del partido realista, cuyos miembros continuaron luchando entre sí. Varios de los orleanistas y legitimistas mas importantes, como Guizot, Lamoriciere y Berryer, continuaron sin desanimarse predicando la union entre las dos ramas de la familia borbónica. Esta fusion, que habia facilitado la muerte de Luis Felipe, estaba favorecida por el rey de Bélgica, y con ella simpatizaban la reina viuda Amelia y sus hijos los duques de Nemours y de Montpensier, que hasta visitaron al conde de Chambord en Frohsdorf. Este por su parte visitó á la reina viuda en Claremont y despues tambien en Nervi; pero los demás Orleanes no aprobaron estos trabajos, en particular la duquesa Elena, que vivía retirada en Eisenach, cuyo hijo mayor, el conde de Paris, á su entrada en la mayor edad se apresuró á proclamar sus pretensiones contra los legitimistas, declarando en el verano de 1856 que por lo pronto no pensaba emprender nada para hacer valer sus derechos, pero que la Francia le encontraría siempre pronto cuando quisiese restablecer el régimen parlamentario. A pesar de esto, el conde de Chambord continuó hablando en público en el sentido de haberse reconciliado las dos ramas de la familia, con lo cual obligó al duque de Nemours, que no queria declararse públicamente contra su sobrino, á manifestar su opinion por escrito. Sus declaraciones acabaron con las negociaciones de conciliacion, sobre todo la publicacion de una carta dirigida por el duque de Nemours al duque de Broglie, fechada en Claremont el 25 de enero de 1857; y si á pesar de esto continuó teniendo partidarios la fusion, quedó demostrado que por lo pronto habia perdido todo su interés.

(1) Viel Castel, tomo III, pág. 190; Delord, tomo II, pág. 95.
(2) Senior, tomo I, pág. 227.

Napoleon jamás habia dado por su parte gran importancia á estos trabajos, y cuando mas parecian tener éxito, felicitó muy tranquilamente en el *Monitor* á la familia real que tan largo tiempo habia reinado sobre la Francia, por tan feliz suceso, el cual por lo demás ninguna influencia podia tener en la suerte de la Francia, que solo dependia de Dios y de la soberanía nacional. Seguramente creyó el emperador que el fracaso de las esperanzas realistas debía aumentar los partidarios del imperio, si no por conviccion, á lo menos por prudencia. Entre ellos los ultramontanos encontraron en el gobierno imperial un valioso instrumento para hacer la guerra al catolicismo liberal, eliminando del culto todas las particularidades nacionales y sustituyendo las liturgias locales con la liturgia romana; de suerte que solo en las diócesis de Paris y de Orleans se conservó la *Agenda* de Paris, considerada como obra maestra literaria. El culto de la Virgen María y del Sagrado Corazon de Jesus ocuparon en la religion el primer lugar, y desde la proclamacion de la Purísima Concepcion se introdujo en todas las iglesias una imagen nueva de la Virgen, no conocida hasta entonces, que representaba á María de pié sobre el globo terrestre y sin el Niño Jesus en sus brazos. El culto del Sagrado Corazon, rechazado antes expresamente por obispos distinguidos, fué protegido con preferencia por los jesuitas, que se esforzaron en propagar la adoracion, no del espíritu de Cristo ni del amor divino, sino del órgano material, el corazon sangriento. Al propio tiempo se multiplicaron los pretendidos milagros, como el del año 1846, en el cual á dos muchachos pastores se les apareció la Virgen cerca de La-Salette en el Delfinado, anunciándoles una mala cosecha, á no ser que hiciesen penitencia. El arzobispo de Lyon publicó contra esta patraña una pastoral, y hasta el Papa se expresó respecto de la supuesta aparicion en términos despreciativos. La aparicion, sin embargo, se repitió y la supersticion quedó triunfante, á pesar de una sentencia de tribunal que absolvió á un clérigo acusado de calumniador por haber culpado á una monja de haber hecho el papel de la Virgen. Los jesuitas no tardaron en esparcir en el público cuentos de curas milagrosas que habia efectuado el agua de una fuente inmediata al sitio de la aparicion, en el cual se construyó luego una iglesia que desde entonces es lugar frecuentadísimo de peregrinos. Este ejemplo tuvo luego imitadores primero en Lourdes, en los Pirineos, donde en 1858 apareció la Virgen á una jovencuela aldeana, lo cual dió á la gruta de Lourdes tanta celebridad como habia tenido la de la Salette. Muchas otras poblaciones no quedaron atrás, queriendo tener tambien su Virgen con sus milagros, y se habló de todas estas Marías como de otras tantas personas distintas, del mismo modo «que podian haber hablado los gentiles de sus diosas locales (3).»

El clero francés contaba no obstante con individuos prudentes y circunspectos, y en primer lugar figuraba el arzobispo de Paris, Sibour, que murió en 1857 á manos de un fanático. Estos clérigos prudentes consiguieron alguna vez poner á raya á los fanáticos demasiado ardorosos, como entre otros el abate Gaunie, que en una multitud de folletos emprendió una campaña para hacer reemplazar en los establecimientos de enseñanza superior la lectura de los autores antiguos con la de los Padres de la Iglesia. Publicó su primer folleto en 1851 con el título de *El gusano roedor de las sociedades modernas*. Además de Sibour se opuso á este movimiento del fanatismo el obispo de Orleans Dupanloup, y la mayoría de los obispos le imitaron. El arzobispo de Paris dirigió advertencias al órgano principal de los ultramontanos, *El Univers*, y hasta mandó suspender su publicacion

(3) H. Martin, tomo VI, pág. 175.

porque satirizó el método de enseñanza aprobado por la Iglesia; pero el redactor de este periódico, Veuillot, tenia buenas relaciones en Roma, que procuraron que el Papa le escribiera una carta de elogios y á los obispos franceses una encíclica. En su consecuencia el arzobispo de Paris tuvo que mandar cesar en el mes de abril de 1853 la suspension impuesta al citado periódico. Se continuaron leyendo los autores clásicos en la enseñanza superior, pero el arzobispo quedó á pesar de todo derrotado y vencedor el redactor del periódico.

Un decreto del 10 de abril de 1852 introdujo un cambio trascendental en la enseñanza superior, dividiendo los colegios y demás institutos de segunda enseñanza desde la cuarta clase en adelante en establecimientos paralelos de los cuales una rama enseñaba humanidades, reduciendo además la enseñanza filosófica acostumbrada, suprimiendo la metafísica y la historia de la filosofía, y conservándose solo la lógica. La otra rama tenia á su cargo la enseñanza de la religion y de la moral, que se hizo obligatoria y fué encomendada al clero. Sucedió, como H. Martin observa muy acertadamente, que en esta innovacion la preocupacion reaccionaria contra la educacion literaria y filosófica se asoció á la pasion por el estudio de las ciencias exactas, para cultivar aisladamente las diversas materias. «La agregacion de los estudios de medicina á la rama realista fué el último extremo de lo absurdo.» Pronto se evidenciaron los efectos funestos de este sistema de bifurcacion; se obtuvieron jóvenes muy retóricos, pero ignorantes en las ciencias exactas, y semi-sabios, sin cultivo intelectual. Los resultados fueron tales, que el sistema fué abandonado á los pocos años.

Las clases instruidas se mantuvieron, cuando no hostiles, por lo menos frías enfrente del imperio; de suerte que tambien entre los profesores y catedráticos de los institutos superiores fueron al principio muy contados los imperialistas, habiendo renunciado unos cuarenta á sus cargos por no tener que prestar juramento á la nueva constitucion. Para estos adversarios del imperio se mantuvo, con aplauso general, como ciudadela de la oposicion, el *Instituto de Francia*, en todas sus cinco clases, pero principalmente en la Academia francesa, completándose preferentemente con corifeos de los partidos antiguos. En 1855 fué admitido en la Academia Berryer, que en su discurso de entrada, que era costumbre presentar al monarca antes de pronunciarlo, se expresó sin ningun escrúpulo. Napoleon se mostró en ésta como en otras ocasiones análogas muy generoso, encargando á Mocquard que le contestara que el emperador le dejaba libre de seguir el uso establecido ó de inspirarse solamente en su aversion personal. Tambien rechazó Napoleon un decreto que le propuso el ministro de Instruccion, Fortoul, y que tenia por objeto someter con mas rigor á la docta corporacion á la dependencia del gobierno. En esto siguió el consejo de Próspero Merimée, que le expuso con franqueza las consecuencias perjudiciales del proyecto de Fortoul (1). Por lo demás la Academia no era peligrosa por sí, pero representaba esencialmente la clase media y no faltaban indicios de que esta clase comprendia cada dia mas que Napoleon, al suprimir la tribuna, le habia quitado todo su poder é influencia.

En el terreno de la literatura, los estudios históricos podian gloriarse de mantenerse libres de la corrupcion de la vida de la inteligencia, y aun de contribuir á la purificacion de la atmósfera intelectual. En este ramo se manifestó tambien, á lo menos en parte, la tendencia anti-bonapartista, como en las obras de Charras, el cual por este motivo publicó en 1858 en Bélgica su *Historia de la campaña de 1815*;

(1) Senior, tomo II, pág. 17.

pero con todo se hizo tambien una edicion en Francia en 1865. Lanfrey llamó la atencion con sus escritos sobre el período de la filosofía y sobre la revolucion. Estos vieron la luz antes de 1860, y en 1867 publicó su *Historia de Napoleon I*. Quinet escribió muchísimo en su destierro, y además de muchos escritos menores en que trató cuestiones del día, tomó parte en la discusion cada vez mas viva sobre la revolucion de 1789, y sobre la importancia del primer imperio. Fué de importancia trascendental la obra de Tocqueville sobre el régimen antiguo, publicada en 1856 y en la cual dió el golpe de gracia á la parte legendaria de la revolucion, demostrando que con los famosos principios de 1789 habia cambiado el jefe, pero no el carácter de la máquina del



Billault (según una litografía de Bazin)

Estado, predominando en absoluto como antes el antiguo sistema de centralizacion y la peligrosa preponderancia de la capital sobre las provincias.

Bajo la influencia de estos escritores se operó un cambio en el espíritu de la joven Francia, el cual comenzó á pronunciarse contra el fatalismo histórico y contra la fe en las autoridades; movimiento contrario al que habia aproximado el liberalismo al socialismo en el reinado de Luis Felipe. Otros autores llegaron al mismo resultado partiendo de distintos puntos de vista, como Laboulaye, que en su *Historia política de los Estados Unidos*, publicada en 1855, propagó doctrinas análogas, tomando por punto de partida la sociedad norte-americana. Laboulaye adquirió posteriormente grande influjo en la opinion por otros escritos en que satirizó defectos franceses, por ejemplo en sus obras: *Paris en América* (1863), el *Príncipe Caniche* (1868) y otras. Antes del año 1860 llamó ya la atencion el estudio histórico de Taine á pesar de sus defectos. Barante, Duvergier de Hauranne, Julio de Lasteyrie y otros publicaron obras apreciables para la historia de la restauracion, y Guizot, Thiers, Lamartine y Luis Blanc se sostuvieron á la altura de su merecida fama con nuevas obras, á las cuales se agregaron las de Gérusez y Demogeot sobre la historia de la literatura, y los trabajos teológicos de Réville, Colani, Renan y otros innumerables en el terreno histórico que nada tenían que ver con la política corriente. Desde 1860 en adelante se manifestó